

CUANDO la gente de la calle oye la palabra «teología», se echa a temblar; porque piensa que se entra en una especie de santuario de abstrusas elucubraciones, que escapan a sus preocupaciones cotidianas.

Y si es una persona culta —e independiente—, cuando le habla de los «teólogos», reacciona desfavorablemente, porque tiene la sensación de que se trata de un conjunto de personas que, encerrados en su laboratorio mental, son incapaces de vivir las inquietudes del hombre siglo XX, rebuscando sólo la manera de complicar nuestros más íntimos anhelos de liberación personal y cristiana.

Unos y otros coinciden en creer que tratan, muchos de esos especialistas, de establecer un sistema esotérico, con un lenguaje y unos conceptos que nada les dicen ya; y les producen una impresión de incomodidad, al recibir la impresión de que manejan con hábil malarbarismo las convicciones religiosas de los hombres.

Sin embargo, hay todavía un grupo de personas beneméritas que —consciente o inconscientemente— les admiran, o les temen demasiado. Son esos católicos, tradicionales de buena fe (aunque no propiamente integristas, pues éstos hacen sus pinitos anticlericales), que esperan la última palabra de un clérigo —con cuantos más grados académicos mejor— para sentirse impedidos de pensar con espontaneidad.

Hasta ahora tales profesionales de las cadenas de silogismos, ensartados tras un punto de partida mínimo, nos mantenían, en parte, a todos —clérigos y seglares— en una evidente minoría de edad mental. Con sus palabras complicadas, sus afirmaciones tajantes y su dogmatismo a ultranza, ejercían —y siguen en buena parte ejerciendo— el más peligroso clericalismo: el clericalismo del pensamiento.

Este clericalismo teológico (perdonen la palabra mis lectores, pero confío que después de lo dicho ya no se asustarán de ella) se mantiene hoy de una forma sutil, porque ya no son los retrógrados quienes lo ejercen; sino que, ahora, ha pasado a manos de los avanzados. Pero, a fin de cuentas, resulta para nosotros una opresión, no por más abierta menos coactiva.

Una de las razones que se esgrimen para defenderlos, es hablar de la seguridad doctrinal de la mayoría de los teólogos; pero un análisis paciente de las posturas más seguras, que sólo son aparentemente inmovibles, nos llevaría muy lejos, porque nos haría ver —en la perspectiva de la historia— lo variables que han resultado; y, sobre todo, el poco acierto que han tenido, en líneas generales, para vislumbrar el progreso doctrinal de la Iglesia.

Todo el mundo ha oído hablar de los cardenales Siri y Ruffini, dos honrados y serios dirigentes de la Iglesia, aunque demasiado apegados a sus «tradicionales» puntos de vista. Pero, quizá pocos sepan que —estos dirigentes— han hecho sus incursiones en el campo de las ideas, y que el arzobispo de Génova —el primero de la lista— publicó hace años un manual de teología, apreciado por muchos por su «seguridad» doctrinal, que resulta hoy anacrónico, a la luz de las decisiones conciliares.

O el de Palermo —Ruffini—, que combatió —desde el punto de vista católico— hasta hace poco tiempo la evolución; y el propio Pío XII desmintió —sin dirigirse directamente a él— sus rígidos puntos de vista en su —por otro lado— severa encíclica **HUMANI GENERIS**.

Así —con este escaso acierto doctrinal y práctico— han ido escribiendo la historia los **ideólogos seguros** de la Iglesia. Estos mentores, de la mejor buena fe, de muchas de las principales ideas que han fracasado a la hora de ser sometidas a votación en el Concilio, como han sido: su enemiga al ecumenismo abierto, a la libertad religiosa, a la colegialidad de los obispos y al puesto activo del seglar no sólo en el mundo sino en la Iglesia.

También los dirigentes ideológicos «seguros» tienen que cambiar. Y ellos más que nadie, porque su aparente seguridad no es, sino el inmovilismo de los rígidos hábitos mentales, un poco demasiado cómodos, de los cuales los hombres solemos hacer «dogmas», canonizando sin motivo nuestras estrechas visiones parciales, aunque sean bienintencionadas.

PERO hoy, toda presión de la intelectualidad clerical está llamada a desaparecer, porque somos cada vez más conscientes del fracaso histórico de muchas de sus afirmaciones doctrinarias.

Un norteamericano, el padre Mac Kenzie, S. J., se entretuvo hace cinco o seis años en repasar todos los tratados de teología usados en los seminarios al final del siglo pasado, investigando qué era lo que enseñaban acerca del problema de la evolución del cuerpo humano, admitido hoy ya sin inconveniente alguno por cualquier católico. Y se encontró, con gran sorpresa por su parte, que todos afirmaban ser una teoría en alguna manera prohibida por nuestra fe, y el 85 por ciento de esos teólogos se atrevían a asegurar que era una doctrina herética. Ese es el acierto de los «seguros».

EL OCASO DE LOS TEÓLOGOS

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

Por eso hoy estamos siendo testigos del fenómeno contrario: los descendientes de tan severos teólogos están desmontando gran parte de lo que construyeron los anteriores; pero —eso es lo extraño— con similar sensación de seguridad, y pretensión de autoritarismo.

Cualquiera puede leer, por ejemplo, el libro de divulgación de Haag, **Evolución y Biblia**, publicado con censura eclesiástica, donde se afirma que el Paraíso nunca existió como un jardín o lugar donde los hombres, al comienzo de la humanidad, disfrutaron de esa ideal «edad de oro», afirmada por tantos pensadores de la historia anterior a Cristo, como lo hizo Platón.

Y todos somos testigos también de cómo se discute, en libros católicos, en pro y en contra del control de natalidad, como cuestión teóricamente abierta, aunque a decidir en el futuro por el Papa, cuando hace treinta y seis años —al salir su encíclica sobre la educación— llegó alguien a afirmar seriamente que Pío XI había condeñado «**infalliblemente**» todos los métodos anticonceptivos.

La gente —incluso de buena cultura— se puede apasionar todavía por el tema religioso; pero difícilmente por las construcciones más o menos sistemáticas de los teólogos, ni siquiera de los nuevos.

Todos querríamos —aunque nos cueste expresarlo o confesarlo— liberarnos de esas cadenas intelectuales que sentimos al leerlos.

Por eso los libros que tienen éxito son aquellos que los profesionales de la teología —por avanzados que sean— miran con recelo y, a veces, con desprecio.

En Francia —y fuera de ella—, Fesquet, el inteligente periodista de **Le Monde**, es leído ávidamente por creyentes o no creyentes, cuando habla del catolicismo; lo mismo que Friedrich Heer, o Walter Dirks en Austria y Alemania; o Michel de la Bedoyère, con sus críticas de la cultura eclesiástica, en Inglaterra; o J. M. Paupert, con sus obras de **Política Evangélica**, en el vecino país; o Rossi, en Italia, y Callahan, en Norteamérica con sus exposiciones sobre lo que debe ser en la Iglesia un seglar consciente.

Como lo es, sobre todo, Teilhard de Chardin con su **ultra-evolucionismo**, lleno de sentido religioso inconformista. O como hubieran podido serlo Alexis Carrel y Lecomte du Noüy —los dos, premio Nobel— si no se hubiesen adelantado demasiado a su tiempo con sus obras sobre **La Incógnita del hombre** y **La Conducta de la Vida**, el primero; y **El hombre y su destino** y **La dignidad humana**, el segundo.

A la hora de reflexionar sobre la religión empezamos todos a pensar —en forma más o menos explícita— que quienes más aciertan son los que parten de la cultura y de la ciencia reales y la viven y reflexionan profundamente en cristiano. No quienes —olvidándose de esa realidad personal— parten de premisas abstractas, para abocar, con pretenciosa simetría deductiva, en conclusiones que nada nos dicen. Por eso no es extraño que todos los pensadores cristianos, antes señalados, sean seglares, excepto Teilhard, que ejemplarmente superó, como hombre de ciencia comprometido en su trabajo, todo vestigio de clericalismo.

Es Marc Oraison, el psicoanalista y médico francés, quien mejor ha acertado a exponer lo que sería una moral renovada **SIGUE**

... y cuando fuman fuman PALL MALL



Cuando llegue la hora del descanso, el momento de fumar, deléitese con el verdadero sabor americano, la suavidad natural, la satisfacción del cigarrillo Pall Mall King Size, famoso en el mundo entero.

LA FRASE "MADE IN U.S.A." EN LA ETIQUETA AZUL ES SU GARANTIA DE AUTENTICO ORIGEN AMERICANO

EL OCASO DE LOS TEOLOGOS

—pese al nuevo Santo Oficio, que no hace sino ponerle inconvenientes— basada en la psicología profunda, aceptada sin reticencias ni salvaduras. O el neurólogo profesor Chauchard, que con su *Biología y Moral* da ejemplo de una nueva y seria manera de entender la reflexión religiosa, hecha no desde fuera del mundo, sino desde dentro de él. No utilizando la ciencia para demostrar la verdad de la religión, sino aceptando, como sinceros hombres religiosos, la verdad de la ciencia y de la cultura, para asumirlas en nuestra vida católica.

En pocas palabras: no queremos ya una religión hecha sólo por teólogos, porque ni nos sirve, ni nos parece que está ya en vigor.

Lo que queremos es sobre todo hombres que vivan su experiencia humana integral, y la reflexionen seriamente a la luz del cristianismo, en la seguridad de que esto es lo que producirá una «teología» para nuestro tiempo. No una teología abstracta y separada de las realidades e inquietudes de los hombres; no una pseudo-ciencia de celda monacal, apartada del mundo, especie de laboratorio de alquimia cristiana.

Lo que piden los hombres de hoy —aunque no sepan expresarlo— es algo diferente a lo que se les suele dar. No se trata de avance ni de atraso; se trata sólo de adquirir un nuevo método y un nuevo punto de vista.

Se trata de hacer lo que propuso la escritora polaca católica Anna Morawska en el Congreso Internacional de Pax Romana, el mes de julio último en Lyon: una teología de laicos, y con ella «crear un nuevo lenguaje para el diálogo con el mundo... haciendo un honrado esfuerzo para explicar reflexivamente nuestras más hondas motivaciones». Lo mismo que propugnaba Michel Carrouges —el literato francés—: una teología desinteresada de los prejuicios en que usualmente se debate, partiendo desde ahora de la experiencia humana. O mejor, esa teología de la experiencia cristiana que —desde diferentes puntos de vista— han propugnado tres teólogos católicos: el padre Philippon, O. P., hablando de Santa Teresa de Lisieux; el ex jesuita suizo Von Balthasar, hablando de los santos como ella, que vivieron fuera de los moldes escolares al uso, o Jean Mouroux, el pensador francés personalista.

NO es ninguna casualidad que un libro escrito recientemente por un obispo anglicano, «Honrado para con Dios», haya sido el *best-seller* inglés el año que apareció. Partía de eso mismo, de esa experiencia humana real, y, por eso, fue tratado displicentemente por la «tecnocracia clerical» de su país, como un profano en teología. Pero la gente le entendió, y, sobre todo, algunos católicos ingleses y australianos, por ser más propicios que otros al inconformismo, dada su situación minoritaria en un país ahogado por un puritanismo inconsciente y por la rutina tradicional en las costumbres religiosas oficiales, que este libro les liberaba de ellas.

Tocamos a rebato el ocaso del clericalismo teológico: el último y más sutil de los clericalismos, porque atenaza lo único que puede hacernos verdaderamente libres, la razón humana iluminada por el Evangelio, que todo hombre de buena voluntad quiere y deba espontáneamente ejercitar.

Pero queremos superarlo —no con anarquismos más o menos sutiles, como alguien piensa que hace a veces Rahner, el mejor teólogo católico de hoy—, sino construyendo vitalmente, a partir de nuestra fe, un pensamiento cristiano. Como quería en el siglo XIII San Buenaventura; y como hoy queremos los católicos, que hemos vivido demasiado ahogados por esquemas intelectuales que nos impedían respirar con normalidad, y están cayendo ya vertiginosamente del pedestal en que estaban asentados.

No queremos esa «teología laica» criticada por Pio XII, por estar desconectada de la Iglesia, o sea, del pueblo de Dios formado por los creyentes presididos en el amor por sus Pastores. No queremos esa teología «cismática» que los Papas y el Concilio condenan, separada de las realidades humanas, o de la fe de los fieles. Porque sabemos que —hecha por un laico o por un jerarca— esta enseñanza alejada de la comunión con la fe de la Iglesia —como criticaban todos los escolásticos de los siglos XV y XVI— es, por más pretensiones de seguridad que tenga, una teología insegura, radicalmente insegura, que debemos combatir. Lo que queremos es una teología para los laicos del mundo de hoy, porque sólo una *teología popular*, partiendo de la experiencia del cristiano —en nuestras vidas y en la Biblia—, y yendo dirigida a los oídos del pueblo (promovido a una cultura encarnada en sus problemas), es la teología del mañana; aunque quizá pierda su nombre presuntuoso de ciencia separada —como se ve tantas veces— de las inquietudes de los hombres, porque más que teología, tal como hoy se entendía usualmente, será un pensamiento cristiano vivo.

El Cardenal de Florencia acaba de clausurar el reciente Congreso de Teología del Concilio, pidiendo que contrapesemos la especulación teológica con la reflexión de nuestra experiencia religiosa, y eso es urgente.

famosa desde 1919



con extractos
de flores y
plantas,
con esencias
de frutas del sur,
según
acertada fórmula,
sabiamente
mezclados,
se elabora la
verdadera

AGUA DE COLONIA

ROYALE AMBREE

LEGRAIN

PARIS